



Cuatro poemas

Pablo Molinet

HABLA LA REINA

EL OLOR DE LOS PIES y el olor de la cabeza,
de las ingles y el sobaco,
se trenzan en uno solo que reptan en las paredes.
Es mía esa serpiente.

Los cuerpos crispados
en garras del predador que los habita
irradian el resplandor de un foco moribundo.
Esa luz que muere es mi alimento.

Despertar en una cama inundada de sangre
y no saber qué, ni quién, ni cómo
hay un cuerpo que agarraron, horadaron, desgarraron
como si mandíbulas tuvieran en las manos;
cuando tienes esas cosas en los ojos lloras lodo.
Soy el lodo.

Soy la cárcel.
Tu miedo, tu rabia y tu lujuria,
las cosas que el miedo ve,
y la rabia anima y la lujuria prende.

Aquí, las piedras tienen boca humana, y gritan.
Soy el grito.

MEDIANOCHE

El sometido:

Soy un brillo de jardines
en la humedad del ojo.

La Reina:

Te lo voy a arrancar con este guante negro.

El sometido:

Tu sonrisa es sucia como agua sucia.

La Reina:

Agua en la que te reflejas.

El sometido:

No soy yo el esposado
ni el que muerde

el calcetín que lo amordaza.

No soy yo el que defiende su ano
con rabia helada.

No soy yo ese sollozo.

La Reina:

¿Por qué tu música no acalla
la boca roja que susurra “mátate”?

El sometido:

Soy un soñar con luz
que a la luz, atónito, despierta.

La Reina:

Soy lo que viene cuando la luz se va.

NO

Y SI DORMIDO ESCUCHAS tu nombre no contestes,
si te roza la mano de tu madre no la toques,
si te dicen pasto Sol y risa no hagas caso.
O vas a correr toda la noche en el cardonal,
en el lecho reseco de tu infancia,
en la ciudad en llamas de tu crimen.

Y te vas a despertar mordido adentro, con la respiración partida,
en un patio lleno de hojas y pájaros grises sin cabeza.
Es una humedad que hiende la casa y la derrumba.
Un viejo en el fondo de un estanque.
Un susurro en un jardín donde no hay nadie.

MONIGOTE

En la plastilina del corazón
la huella digital del miedo.

Al amanecer Monigote busca a la banda de Dios
que toca polcas en el kiosco;
en la alameda hay una bolsa de basura
desgarrada por las ratas.

Su memoria es una camisa sucia,
la talla contra una piedra, la exprime
y sigue sucia, la huele y huele a sangre.
Un día que no es hoy será blanca.

Cuando Monigote llegó a casa,
alguien puso “Jesse”, de Joan Baez:
“Y dejo prendida la luz de la escalera,
no, no estoy asustada, te espero.”

“Aún pongo tu lugar en la mesa.”

Monigote quiso decir “no lloren”, pero en pasado.
Quiso, ya era tarde.

(Un día en que veas los galeones del otoño atracar en los puer-
tos de los parques. Un día, justo después de navidad, en que
halles, en un árbol fracturado, a una perra recién parida con
todos sus perritos gimoteando. Un día en que tu caballo gane
en el hipódromo. Un día, don Monigote, todo va a ser fiesta.) 